FRANCISCO, EN EL CAMINO

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v60i211.214>

LORENZO TRUJILLO DÍAZ*

I. EL CAMINO HASTA FRANCISCO

Vamos a intentar situar al papa Francisco en la última etapa de la historia de la Iglesia, que es historia de la salvación o del designio de Dios. Si se trata del sucesor de Pedro, y Jesús nos lo ofrece como signo y como instrumento de su acción pastoral, hemos de escrutar los indicios que va ofreciendo su ejercicio ministerial. Antes repasaremos, muy apresuradamente, el significado de los papas anteriores a él. La brevedad de las reseñas que dedico a ellos se explica porque no se trata de biografías aquilatadas; por eso mismo, tampoco supone restarles importancia y tratarlos como de pasada. Los recordamos, solamente, como «pasos» para llegar al «hoy» del «camino» que hacemos con el Señor. Respecto al significado de Francisco, vamos a retomar, en parte y como estructura de base, una conferencia que pronuncié apenas unos días después de su elección. Se titulaba *Las tres palabras del papa Francisco*.

1. VINO UN HOMBRE DE DIOS CUYO NOMBRE ERA JUAN

a) *Cambio de época*

¿Podemos afirmar que en 1958 la Iglesia entra en una época nueva con el nombramiento de Juan XXIII? Realmente fue un año notable en todos los sentidos, por los importantes cambios que se venían preparando y que aquel año emergieron en acontecimientos significativos: la segunda guerra árabe-israelí (1956), ganada militarmente por la coalición de estos con Francia e Inglaterra, terminó con un espaldarazo de la ONU a Nasser y con una presencia distinta del mundo árabe en la escena mundial. A finales del 57 Fidel Castro entra en la Habana, suceso que abre las puertas a medio siglo de guerrillas, totalitarismo comunista, guerras sucias, dictaduras militares genocidas, conflictos ideológicos, nuevo intervencionismo estadounidense... Llega a su fin la frase atribuida al presidente Monroe a la que añadimos un prefijo que ha sido real: *América para los (norte-)americanos*. América despierta, la América herida pero distinta,

* Lorenzo fue durante muchos años Rector del Seminario de Ciudad Real, es profesor del Estudio teológico y párroco en la capital de su diócesis.

la América de Aparecida que desembocará en Roma con Francisco. En el 58, el golpe de estado en Francia genera la Quinta República con De Gaulle a la cabeza; la decisión del General de abandonar Argelia y aceptar la voluntad de las colonias africanas en un referéndum cambia el mapa mundial de estados soberanos, muda la composición de la ONU y posibilita la trágica salida de los países africanos del colonialismo estatal para pasar al no menos trágico colonialismo multinacional y retroceder a un tribalismo ancestral violento hasta el genocidio. La muerte de Stalin y la elección de Krushev como primer ministro de la Unión Soviética permiten pasos que luego abrirán nuevas posibilidades. Se está iniciando un gran cambio geopolítico que terminará alterando la imagen del mundo nacida de la Gran Guerra. No es menos importante la explosión de natalidad tras la guerra, que va a situar a la juventud en los años siguientes como la nueva clase social mundial y la nueva fuerza transformadora.

Por último, la elección de Juan XXIII en 1958 no será, ciertamente, un suceso más de los acontecidos aquel año. La convocatoria del Concilio así lo hace ver, pero no es eso solamente. Sobre todo es el cambio de estilo en el ejercicio del sumo pontificado. ¡Qué admiración ante la apertura al diálogo de Pablo VI, o ante la naturalidad de Juan Pablo II, o ante la humildad de Benedicto XVI! ¿Recordamos la salida al «balcón de las bendiciones» de Karol Wojtyla recién elegido? Pero esa cercanía no era nueva, venía del anciano Juan XXIII. La espontaneidad, la ternura suponían algo más que detalles simpáticos en aquel anciano; el Concilio tradujo el cambio de estilo en proyecto de reforma. Convocar el Concilio fue un acto de santa e inteligente ingenuidad; fue dar paso a un nuevo Pentecostés, según lo veía el Papa y según fue en realidad.

b) *La «bajada» de la Iglesia*

Con Juan XXIII, el ejercicio del pontificado, la Iglesia en definitiva, comienza una *bajada* desde la altura en que se había situado para defender su libertad, tanto frente a los poderes exteriores como frente a las amenazas internas contra la unidad. El Papa baja de la silla gestatoria (aunque no diese el paso personalmente) y pisa tierra, baja de la excomunión para abrazar a Atenágoras (aunque lo realice Pablo VI), baja de la distancia para enviar un beso a los hijos de los fieles reunidos en la plaza de San Pedro, baja para encontrarse con los obispos en el acto sinodal que es el Concilio, un auténtico concilio, no una mera recepción de la voluntad pontificia. Y esto fue gracia y mérito suyo.

En realidad, si con las guerras mundiales terminaba la era de los estados nacionales y el predominio de occidente, con Juan XXIII se cerraba el segundo milenio de la Iglesia, encauzado inicialmente por Hildebrando de Cluny, Gregorio VII. En este Papa se encarna la libertad de los monjes frente a las presiones de los poderosos, la *libertas ecclesiae*. Para lograrlo, la concentración de la autoridad de la Iglesia totalmente en el Papa. Destaco tres elementos centrales en este giro:

—*Uno de tipo jurídico*: ese conjunto de normas que se conoce como *Dictatus Papae*; sea un documento procedente de él mismo, sea creación o falsificación anterior o posterior, expresa perfectamente el programa de centralización eclesiástica. Se va a iniciar una concentración de la vida de la Iglesia en torno al ministerio petrino, se va a continuar defendiendo la propiedad de los Estados pontificios como donación de Constantino y, en definitiva, se van a sentar las bases de la lucha por la *libertas ecclesiae*; lucha, en un primer momento, contra el feudalismo; después, contra las monarquías nacionales; más tarde, contra el absolutismo y el regalismo; a continuación, contra el liberalismo republicano; y finalmente, contra las revoluciones modernas. Todo un milenio evitando que la Iglesia, reconocida públicamente, terminara siendo engullida por los poderes sociales.

—*Otro de tipo ecuménico*: la separación entre Oriente y Occidente, acaecida veinte años antes del pontificado de Gregorio VII (en 1054). Esta dolorosa quiebra en la que el cardenal Humberto de Silva Cándida rompió con el patriarca Miguel Cerulario, dejó al Papa como único patriarca en la catolicidad occidental, con lo que su imagen se zafaba de la sombra de los prestigiosos patriarcas orientales, se quedaba en soledad; los obispos occidentales se parecen cada vez más a delegados jurisdiccionales del Sumo Pontífice, al que los orientales ven como el único obispo de Occidente; los mismos teólogos católicos ya dudaban antes de la sacramentalidad del episcopado y se inclinaban a verlo como un oficio de jurisdicción, cosa que se confirma en esta situación. No se pretendía, pero la mutua excomunión y separación constituyó un factor favorable a esta «deconstrucción» del episcopado.

—*El más importante, de tipo sacramental*: unos años antes de este pontífice, pero dentro del proceso que narramos, explota la crisis eucarística generada por Berengario. A los cinco años de ser elegido pontífice, el concilio celebrado en Roma cierra dicha crisis afirmando la presencia sustancial de Cristo en el sacramento. Frente al simbolismo y subjetivismo occidental emergente, la Iglesia afirma con acierto y con valor la presencia realísima, objetiva, corporal (*vere, realiter et substantialiter*) de Cristo en la Eucaristía. Reafirma la base y la esencia de su relación con el Señor y de su independencia de los señores. Una concentración de la fe en la Eucaristía salva a esta y a la Iglesia de la destrucción, pero deja en segundo plano facetas esenciales que son un tanto descuidadas: el sacrificio y el banquete. Ahora queda clarísimo que la Iglesia emerge del sacramento de la Presencia, pero la celebración, la Misa, se estrecha y se empobrece, se clericaliza para mucho tiempo.

Los siglos siguientes, todo un milenio, tienen alternancias, momentos muy distintos, vaivenes, pero se mueven en esta línea. El Concilio de Trento y el Concilio Vaticano I culminan el proceso para hacer frente, el primero, a la ruptura de los luteranos; el segundo, al asalto de los revolucionarios, los nacionalistas y el racionalismo.

c) *De la «Libertas ecclesiae» a la libertad religiosa («Dignitatis Humanae»)*

Con Juan XXIII se abre una novísima etapa: el segundo milenio cristiano occidental deja paso a un tercer milenio con acentos diferentes. Si los *Dictatus Papae* sirven jurídicamente para apoyar el modo de ejercicio petrino de Gregorio VII, los *Documentos del Concilio Vaticano II*, en especial los que tratan de la colegialidad, el ecumenismo y la libertad religiosa, sirven para iniciar una configuración del ejercicio pontificio en el seno de la colegialidad episcopal y en una cierta indefensión. Si la configuración abacial del pontificado juega entre otras causas en la ruptura con Oriente, la actitud ecuménica de Juan XXIII, gestada en su etapa de delegado apostólico en Bulgaria, Turquía y Grecia, hará posible el encuentro entre Pablo VI y el Patriarca Atenágoras con el levantamiento de excomuniones. La invitación de observadores de las otras confesiones cristianas y su presencia e influjo indirecto en el Concilio suponen un giro más que anecdótico. La reforma litúrgica aprobada en la primera sesión conciliar y promovida por Pablo VI recuperará dimensiones esenciales de la Eucaristía e iluminará la relación de la Iglesia-Sacramento, de los restantes sacramentos, y del episcopado, con ella. Con cierta aproximación analógica, podríamos afirmar que lo que significó Hildebrando para la orientación del segundo milenio cristiano lo ha significado Juan XXIII para un tercero que pugna por abrirse y cuyos primeros pasos apenas permiten otear el nuevo horizonte. Cuando algunos teólogos y dirigentes postconciliares entienden el Concilio como ruptura, ciertamente yerran si esa ruptura se ve como rechazo de la historia anterior y abandono de la confesión de fe tan heroicamente mantenida; pero no hay duda de que se trata de un cambio profundo en muchos sentidos. De alguna manera, el Concilio daba por concluida la era constantiniana, aunque matizando del mismo modo: si se entiende como superación de la *societas christiana* que había fraguado plenamente en el occidente cristiano medieval, creemos que es acertado afirmarlo; sería erróneo, sin embargo, si se pretendiera interpretar como rechazo de la institución en la Iglesia para convertirla en un movimiento cristiano sin articulación apostólica y sin presencia pública en la sociedad.

d) *Un Concilio sin precedentes... ¿y sin siguientes?*

Así pues, el instrumento primero y originario de Dios para emprender la nueva etapa de la peregrinación eclesial fue Juan XXIII. Él abrió la puerta al Futuro que entraba, convocando por sorpresa y contra la opinión de altos eclesiásticos un concilio ecuménico. Un concilio, además, con rasgos inéditos en la historia de los concilios, como subraya J. W. O'Malley en *¿Qué pasó en el Vaticano II?* Destacamos algunos de esos rasgos:

1. No responde a necesidades perentorias como las herejías: ¡no urgía en ese momento! No pocos pensaron que el Papa hacía correr a la Iglesia un riesgo innecesario: rivalidades, desorden... No les faltaba razón desde una mirada mundana; pero desde el cambio querido por Dios, el Concilio era imprescindible.

2. Sus dimensiones: número de padres, continentes e iglesias locales representadas. Una asamblea única en este sentido: más de dos mil padres en diálogo libre; aunque no hubiera sido más que por esto, ya constituía un suceso único. Nada que ver con los concilios anteriores. A un amigo eclesiólogo, que estos días se manifestaba favorable a la celebración de un nuevo concilio, le oí, sin embargo, confesar que no sería fácil reunir a seis mil obispos. Reunirlos para un diálogo abierto y en un mismo lugar, hoy parece imposible tanto desde las exigencias de tiempo y lugar para dialogar, como desde el montante económico que supondría. El Vaticano II se acortó porque, entre otras razones, las arcas del Vaticano estaban exhaustas. Mi pregunta, que dejo para el punto último de Francisco (la ultimidad) es esta: ¿habrá sido el Vaticano II el último concilio? Al menos como asamblea total y en presencia mutua de todo el episcopado.

3. La asistencia masiva y permanente de los medios de comunicación. Como si se hubiera celebrado en la plaza pública. Noticia diaria en todo el mundo. Con intentos de presión, interpretaciones interesadas, protagonismo de los padres y teólogos más comunicadores. Sin quererlo, el Concilio también se hizo en la calle. Las filtraciones, los «contactos» de los reporteros, la aparición del «vaticanólogo» o experto en asuntos del centro de la Iglesia, serán consecuencia imparable.

4. La presencia de observadores no católicos, una presencia discreta pero con mayor influjo del que se puede pensar. Se rompe el lenguaje eclesial del segundo milenio («la Iglesia») y los documentos empiezan a hablar de «*iglesias*» reconociendo esta calidad a las diócesis y a las comunidades separadas de Oriente. De la identificación absoluta y excluyente —la Iglesia de Cristo es la Católica— se pasa a una identificación seria pero no excluyente —la Iglesia de Cristo *subsiste* en la Iglesia Católica—.

5. La duración. La primera sesión (11 de octubre a 8 de diciembre de 1962) fue presidida por Juan XXIII. El 8 de diciembre de 1965 fue clausurado por Pablo VI, que había presidido las tres últimas sesiones. Pero no se limitó a estos casi once meses de sesiones continuas, sino que el intervalo entre sesión y sesión estuvo activamente ocupado por el trabajo de las comisiones, con la elaboración y reelaboración de textos. En realidad, tres años de trabajo ininterrumpidos. Y algo más: el periodo entre el anuncio (1958) y la inauguración (1962) fue de intensa preparación por parte de la Comisión Teológica Preparatoria. Los obispos terminaron agotados, agobiados también por las muchas tareas a la espera en sus diócesis; y las finanzas de la Santa Sede, como decíamos, exhaustas.

6. Pero hay otro dato, menos cuantificable, aunque no menos importante. Los obispos que participaron volvieron a sus diócesis cambiados; muy distintos a cuando salieron en el 72. Ciertamente que no todos cambiaron en el mismo sentido. Algunos volvieron en guardia, asustados, dispuestos a cerrar el paso a los innovadores. La mayoría volvió despojada del hieratismo, un conjunto de pastores abiertos al diálogo con presbíteros, fieles y cultura. Muchos de ellos «fracasaron» en sus diócesis porque ni el clero ni el pueblo estaban preparados para obe-

decer por amor y no por temor; tampoco «el mundo» dialogaba honestamente en todas las ocasiones. Tan creativos y abiertos al diálogo, que la estabilidad eclesial (doctrinal, disciplinar, moral) corrió peligro. Un artículo publicado en ABC (29.1.88), por José Luis Martín Descalzo, apoyado en palabras del entonces Cardenal Ratzinger, anunciaba un cambio en los criterios para seleccionar candidatos al episcopado: «Se busca la seguridad antes que la creatividad... Predominio de la santidad personal sobre la audacia apostólica y cultural». Sin caer en generalizaciones y evitando juicios de valor basados en prejuicios, parece que sí fue una tendencia.

El cambio que supuso la misma celebración quedó sedimentado, fijado y matizado en los documentos, también nuevos en su estilo: pastoral parenético, sin condenas, sin cánones, etc. Y el arranque se debió a la inspiración del papa Juan XXIII, a su «ingenuo» valor, confiado en el Espíritu Santo.

2. EL MÁRTIR DEL CONCILIO VATICANO II

a) *Cambio de papa*

Ya la primera sesión conciliar, con los gestos pontificios anejos, con la intervención activa y libre del episcopado, con el protagonismo de obispos no curiales, y con un eco enorme en los medios de comunicación, supone el paso de una época a otra. *En teoría*, abstrayendo la dureza de la historia y la necesidad de arduos procesos temporales, no hubiera hecho falta nada más. Pero contando con la historia real, hay que reconocer que aquella sesión no resolvió nada y abrió muchos interrogantes. ¿Qué habría sucedido si el anciano Juan XXIII no hubiera muerto y se hubiera alargado un pontificado sin capacidad física para dirigir aquel «caos»? ¿O si se hubiese elegido a un candidato contrario al Concilio que hubiera podido interrumpirlo o reducirlo a una asamblea sin verdaderos debates? No se puede dar pábulo excesivo a la imaginación, a los futuribles, pero lo apuntado en la última pregunta fue una posibilidad real. En todo caso, hay dos cosas ciertas: que la uniformidad eclesial que dejó Pío XII y que venía de Gregorio VII se había roto, y que a la muerte de Juan XXIII no había un programa definido y sí voces muy contrapuestas. El tiempo mostró que el peligro de cisma no era ilusorio; y hubiera sido mucho mayor sin la eficacísima guía de Pablo VI. Este papa hizo posible el Concilio, lo llevó a buen puerto, evitó la ruptura de la Iglesia.

b) *Unanimidad moral milagrosa*

Que los documentos conciliares fueran aprobados por la inmensa mayoría de los padres, prácticamente por unanimidad moral, fue un milagro del Espíritu Santo, pero con la colaboración preciosa, sacrificada, inteligente, del sucesor de Juan XXIII, Pablo VI. ¿Cómo es posible que una asamblea de dos mil miembros, con diferentes puntos de vista e intereses, presionados por medios y grupos

enfrentados entre sí, con plena libertad para tomar posiciones, con voto secreto, etc., puedan acordar por unanimidad moral documentos complejos y amplios previamente examinados con lupa y al detalle? ¿No es realmente un milagro? No dudamos en atribuirlo al Espíritu Santo; pero, también tenemos la certeza de que su instrumento humano fue Pablo VI. Su primera encíclica, programática, marca una línea que mantuvo y exigió con autoridad y con paciencia: el *diálogo*. Es el nuevo modo de ejercer la autoridad, el único posible tras la «bajada» de Juan XXIII. ¡Cuánto tuvo que sufrir por las presiones y desaires, tanto de personas, medios y grupos opuestos a determinadas enseñanzas que el Concilio iba elaborando (colegialidad episcopal, libertad religiosa), como de quienes empujaban a los padres a una ruptura con la gran tradición de la Iglesia! Su modo de moderar el Concilio ha sido, quizá, el mejor ejemplo práctico de un ejercicio verdaderamente colegial del Primado. Intervino en momentos claves para marcar un límite o para orientar los debates, siempre respetando profundamente a los padres conciliares, y alargando hasta cuatro largas sesiones los debates.

c) *Cambio revolucionario en el mundo*

Si hemos tomado el año 58 como fecha simbólica de cambio positivo, el 68, con todas las precisiones necesarias, podría considerarse el vértice temporal en que ese cambio aparece cada vez más como ingobernable y violento. La violencia revolucionaria pasa a primer plano. Basta poner algunos ejemplos: el «mayo francés», precedido y seguido por la revolución ideológica en las universidades norteamericanas; estas últimas, relacionadas con la guerra de Vietnam y con las tensiones creadas por los asesinatos de Robert Kennedy y Martin Luther King ese mismo año. La «primavera de Praga» aplastada por los tanques rusos, que desengañó a no pocos intelectuales marxistas y abrió la puerta al triunfo de Nietzsche sobre Marx, a la caída de las ideologías y a la aparición posterior del «pensamiento débil». La matanza de la plaza de Tlatelolco en Ciudad de México fue también un aviso de la fractura en la América efervescente. La deriva hacia el terrorismo en grupos como la banda Baader Meinhof o Septiembre Negro, etc. Y, sobre todo, la falla cultural, el cambio antropológico que se gestó en aquellas revoluciones juveniles (sexualidad, familia, papel de la mujer...).

d) *Peligro de ruptura eclesial*

En el interior de la Iglesia, Pablo VI no pudo evitar la triste y perniciosa contestación que ya se inició durante el Concilio y que le hizo exclamar que el humo de Satanás había penetrado en la Iglesia. El 29 de junio de 1972 decía en la Basílica de San Pedro refiriéndose a la situación de la Iglesia, quizá, especialmente, a los abusos litúrgicos que amenazaban la magnífica reforma litúrgica en marcha: «¿Cómo se ha podido llegar a esta situación?... Se creía que, después del Concilio, el sol habría brillado sobre la historia de la Iglesia. Pero en lugar del sol, han

aparecido las nubes, la tempestad, las tinieblas, la incertidumbre... Una potencia hostil ha intervenido. Su nombre es el diablo, ese ser misterioso del que San Pedro habla en su primera Carta. ¿Cuántas veces, en el Evangelio, Cristo nos habla de este enemigo de los hombres?... Nosotros creemos que un ser preternatural ha venido al mundo precisamente para turbar la paz, para ahogar los frutos del Concilio ecuménico, y para impedir a la Iglesia cantar su alegría por haber retomado plenamente conciencia de ella misma, sembrando la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud y la insatisfacción». Lo que se jugaba era todo, pues la reforma litúrgica, además de ser el primer documento aprobado, fue, en su puesta en práctica, la base de todos los cambios. En esa lucha heroica por evitar que las enseñanzas del Concilio fueran tergiversadas, sobresale su valor pastoral para decidir la cuestión del control de natalidad. La encíclica *Humanae Vitae* (1968) marcó la distancia entre una Iglesia decidida a encarnarse y a amar al mundo, y esa dimensión del mundo regida por poderes humanos y sobrehumanos que preparaba una deformación radical de la sexualidad, como el tiempo ha mostrado en nuestros días. La situación se agravaba mientras el Papa decaía y se acercaba al final. Un aire de tristeza y desilusión se extendía por la Iglesia, lo que favorecía la huida de vocaciones, el vaciamiento de seminarios y noviciados, el distanciamiento del comportamiento moral en el matrimonio con relación a la Iglesia. Las órdenes religiosas divididas, el episcopado dividido.

3. TODO UN HOMBRE... DE DIOS

a) *¿Carambola o providencia?*

La llegada de Juan Pablo II también puede calificarse de milagro. Partiendo de la elección previa de Albino Luciani (Juan Pablo I), desacertada al buscar la sonrisa que hiciera olvidar los tristes últimos años de Pablo VI, sin tener presente la salud y las capacidades del elegido. No era lo que la Iglesia necesitaba en aquellos momentos; más que una simpatía que recordara a Juan XXIII era imprescindible una fortaleza extraordinaria. De todas formas, aquella elección fue un acierto (del Espíritu Santo, no de los cardenales) y la aceptación de Luciani un acto de obediencia heroico, ya que, sin su ofrenda sacrificial y el trauma de una muerte tan a destiempo e inesperada, seguramente no habría sido llamado Karol Wojtyła. El Espíritu tiene sus tretas. El desgaste de los «partidos» curiales italianos más la imprudencia de Siri al mostrar su rechazo al Vaticano II, la necesidad de un hombre fuerte que cerrara la puerta a la discontinuidad y a la ruptura de la Tradición pero amigo del Concilio, hicieron posible la llegada de Juan Pablo II. Su misma persona era un milagro de supervivencia desde aquellos años de ocupación nazi; un milagro que se reeditó en el atentado sufrido en la plaza de San Pedro. Un empeño empecinado de Dios. Pero en el interior del superviviente Karol latía un superviviente colectivo: la Polonia católica, profundamente piadosa y defensora

de su fe frente a invasores, regímenes totalitarios. A diferencia de los restantes países católicos, Polonia era virgen de reacciones anticlericales y de ataques a la Iglesia desde dentro de ella misma. No era un cristianismo esquizoide. Era la «reserva espiritual» de un occidente inmerso en la revolución sexual, próximo a la apostasía por relativismo moral y secularización. La internacionalización de la Curia que intentó Pablo VI se convierte en internacionalización del papado; una legión de sacerdotes polacos inunda Roma y Europa. Las posturas conservadoras posconciliares, que en occidente eran más voluntaristas que inteligentes, más amaneradas que profundas, más clericales que piadosas, en definitiva, peligrosamente defensivas, en el hábitat espiritual de Karol Wojtyła eran sencillamente piadosas, naturalmente piadosas, hondas, auténticas. Por otro lado, en él se concentraba el valor y el espíritu de lucha de su pueblo. Tomando prestado un título de Oriana Fallaci (cuyo contenido nada tiene que ver con nuestro asunto), diríamos que este Papa era «nada menos que todo un hombre».

b) *No tengáis miedo*

Juan Pablo II ilumina la oscuridad del momento eclesial centrando todo en Jesucristo: «¡No tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo!», grita en su primera aparición. Es el cristocentrismo del Concilio ahora vivido con una piedad viril e impudorosa, sin relativismos ni pactos. Desde esa fe que trasciende todo y penetra todo, Juan Pablo II da la cara abiertamente al mundo, a las ideologías. Detiene las desviaciones ideológicas de la teología de la liberación, se enfrenta al cisma latente en Latinoamérica (Nicaragua, Brasil, Perú), se encara con el feminismo de género en su viaje a EE.UU. Su sólida posición en la defensa de la confesión de la fe (elección de Ratzinger como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe) impide que el «lefevrismo» gane adeptos con sus acusaciones de heterodoxia de los pontífices.

c) *«Los trabajos» de... Karol*

Bien merece el lema que se atribuye a las llamadas «profecías de Malaquías», *De labore solis*. Encíclicas, Exhortaciones Postsinodales, Cartas y Mensajes, Viajes Apostólicos por todo el mundo... y todo dirigido a ofrecer una relectura actualizada del Concilio y a eliminar dudas y tergiversaciones. El Catecismo y el Código cierran los puntos suspensivos: el Concilio, como reforma, se da por perfeccionado. ¿Quizá antes de tiempo? Pero todo este trabajo tiene un signo específico, distintivo; un signo que constituye su gran regalo y su herencia: la *esperanza*. El ministerio de Juan Pablo II fue esencial para «estabilizar la vida eclesial» tras el terremoto del Concilio, para levantar la esperanza ante tantas dificultades y fracasos posteriores, para evitar dos cismas más que posibles: el cisma de los que culpaban al Concilio de todos los males y afirmaban que los papas anteriores habían caído en herejía o poco menos, y el cisma de las igle-

sias donde la ideología de la liberación había convertido la pastoral en una lucha política revolucionaria y había sustituido la fe por el compromiso. Decisivo fue el Sínodo Extraordinario de 1985, donde fraguó la llamada «eclesiología de comunión» y se abrió un camino a la superación de posturas unilaterales, y también los muy numerosos sínodos regionales, de países y continentes.

d) *Continúa la aplicación del Concilio*

El pontificado de Juan Pablo II no altera la novedad significada en Juan XXIII; al contrario, la certifica y rescata en un momento de «paso por valle de tinieblas». No se trata de un retroceso sino de una estabilización positiva y creativa. La doctrina de la colegialidad mal entendida, así como la fragmentación en pequeñas comunidades y grupos autorreferenciales, con su liturgia *ad libitum* y una no pequeña dosis de anarquía, iban dejando el ministerio de Pedro desdibujado y la unidad de la Iglesia herida; ya la publicación de la *Humanae Vitae* mostró el aislamiento de Pablo VI. El peligro de fragmentación ácrata y postmoderna era, si cabe, más fuerte que el de los posibles cismas. Juan Pablo II, con su profunda piedad sin miedos, con su arrolladora personalidad, con su capacidad de presencia pública, apoyado especialmente en los nuevos movimientos y en la prelatra personal que él mismo crea, recupera la fuerza del pontificado y asegura la unidad de la Iglesia. El Código y el Catecismo son expresión privilegiada de ello. Juan Pablo II culminó coherentemente su misión de ser el hombre que debía cruzar «el umbral de la esperanza», imponiendo un liderazgo ministerial a la fragmentación eclesial causada por muchos líderes fácticos y mediáticos, dando la cara ante los poderosos y sacando a la Iglesia de la catacumba en que pretendían encerrarla. Como hemos dicho, «nada menos que todo un hombre», de Dios, claro.

4. UN HUMILDE TRABAJADOR DE LA VIÑA DEL SEÑOR

a) *Conviene que yo disminuya*

La misión de Benedicto XVI en este proceso de «bajada» ha sido, sobre todo, desviar la atención, que se había centrado demasiado en el Papa, y dirigirla totalmente a Jesucristo. Dentro de su enorme y valiosa producción teológica, no hay duda de su deseo de darnos lo mejor con el libro sobre Jesús. Es el lote exquisito de su herencia, en perfecta línea con la concentración cristológica conciliar. En su libro *Jesús de Nazaret* (primera parte), al terminar el comentario sobre las tentaciones, dice Joseph Ratzinger: «¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios». Me pregunto: ¿qué nos ha dejado Benedicto XVI a los cristianos tras su pontificado? Nos ha dejado a Cristo, la Verdad victoriosa frente al Mentiroso. Nos hace mirar a la verdad del Señor como único apoyo para esta etapa tan difícil. Ha desaparecido él para que

aparezca el Señor en todo su esplendor. No se ha bajado de la cruz, se ha hecho crucificar en una cruz invertida, cabeza abajo, para que quede claro que la Cruz del Señor es única y suficiente. En adelante no valdrá situarse en el mundo como cristianos anónimos; tampoco valdrá apelar a esos poderes mundanos. Se termina el «cristianismo de valores» falsamente tolerante y, en realidad, increyente. Habrá que creer de verdad y saber dar razones inteligentes y testimoniales de nuestra esperanza en Cristo. La caridad sin verdad no es caridad, como tampoco la verdad sin caridad es cristiana. Se nos ha dado un «Nombre sobre todo nombre» y él nos lo ha recordado sin cesar con palabras, gestos y vida orante.

Con su renuncia sensata, orada, transparente, ha dejado muy claro que todo ministerio eclesial, incluso sacerdotal, incluso pontificio, es un humilde sacramento personal del único Pastor y Sacerdote. Más de una vez y con distintos términos, el Papa ha dicho que la Iglesia no se sostiene en Pedro sino en Jesucristo. Su gesto lo escenifica de modo magnífico, retirándose al fondo de la escena y señalando al verdadero Protagonista. Era una lección para toda la Iglesia y una llamada a la conversión para quienes se habían dejado llevar por la ambición hasta generar un malévolo clericalismo de nuevo cuño. Tomo unas palabras de la conferencia que pronuncié unos días después de su renuncia: «Permitidme que fantasee un poco. Veo esta renuncia como la última «encíclica» (no escrita) de Benedicto XVI. La encíclica que abre de par en par el Año de la fe y deja expedito el camino a una Evangelización realmente Nueva. Hasta me atrevo, en mi fantasía, a ponerle un título: 'Vos non sic' (No así vosotros). Las palabras del Señor, según Lucas, dirigidas a los apóstoles cuando estos discutían acaloradamente quién era el mayor, quién era su sucesor. Jesús les pide distanciarse del estilo de los poderosos de este mundo: No así vosotros».

b) *Otro hombre humilde*

El pontificado de Benedicto XVI guarda cierta analogía con el de Pablo VI. Menos brillantes mediáticamente que los de sus predecesores y sucesores y, sin embargo, imprescindibles. Ambos han asentado la fe en la inteligencia, en el diálogo con la cultura, en la humanitas siempre presente en el Evangelio; y ambos, de un modo humilde, servicial, sufrido. Han sido hombres de matices, «relojeros de precisión», de finos sentimientos más que de electrizantes emociones. Benedicto ha jugado, antes de ser papa, un fuerte papel en la retaguardia de Juan Pablo II, evitando que se filtraran actitudes fundamentalistas al paio de la estabilización promovida por este pontífice. De su época al frente de la Congregación para la doctrina de la Fe sólo se ha subrayado la defensa a ultranza de la ortodoxia, pero quizá más importante ha sido su continuada interpretación teológica de los textos conciliares en centenares de conferencias y escritos. Sin este gran teólogo, es muy posible que las resucitadas tendencias clericales hubieran convertido el mensaje del papa Juan Pablo II en un verdadero restauracionismo

negativo muy a pesar de él; algo así como lo sucedido con los integristas que llevaron las condenas de Pío X contra el modernismo hasta la persecución de personas ajenas a aquel movimiento. Sus consejos, en cuanto a la necesidad de los movimientos de encajar en modelos eclesiales, o de evitar su diocesanización, han sido muy importantes. La esperanza y el valor de Juan Pablo II encontraron en Ratzinger un puente con la inteligencia intra y extraeclesial. Fue el ángel guardián de la inteligencia del Papa polaco, ya en sí magnífica; pero que podría haber sido tapada por una actividad y un valor excepcionales. Elegir a Ratzinger como promotor y defensor de la fe, fue uno de los aciertos –si no el mayor– de Karol Wojtyła. Y renunciar al pontificado por parte de Benedicto ha sido el cierre de la *receptio* del Concilio. El paso está realizado, las resistencias superadas.

c) *Teólogo de rodillas*

Como teólogo, el Papa anterior se distinguió por esa característica que Von Balthasar exigía de todo teólogo: hacer teología de rodillas, adorando el Misterio, recibiendo la revelación en el corazón de la inteligencia. Ahora, en la renuncia, ha mostrado la verdad y coherencia de esta actitud. La teología, que antes del Concilio ya había roto el molde del modo medieval (*nouvelle théologie*), empieza ahora un camino difícil y hermoso. La aceptación del llamado «plan Bolonia» introduce en los estudios eclesiásticos un modelo, unos métodos que vienen del mundo empresarial y de la planificación burocrática. El nuevo teólogo tiene que nacer en este medio, pero con la libertad del que ante todo es creyente, orante, testigo. Una teología sería que se atreva a indagar respetuosamente el Misterio y que no juegue a la investigación del laboratorio sino al enriquecimiento de la evangelización. La libertad ha sido un gran regalo de este Papa, la libertad para obedecer a Dios a pesar de malentendidos y comparaciones. La libertad de los humildes. Uno de los mayores cambios eclesiales.

Retirado a la oración en favor del Pontífice actual y de toda la Iglesia, Benedicto XVI, Josef Ratzinger, escribe otra página imprescindible. Solamente la oración sostendrá la acción difícil que le aguarda a su sucesor. El hombre de Dios no se jubila; cuando parece que ha cumplido su misión, esta alcanza su cénit: la entrega a Dios de lo realizado y la predicación silenciosa, dando hondura a la palabra que ahora corresponde a otros.

II. EL CAMINO DESDE FRANCISCO

1. LAS TRES PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO

Unos días después de su elección, intenté esbozar lo que parecía ser el sentido de su pontificado, utilizando tres expresiones suyas: «*Me llamo Francisco*», «*Soy obispo de Roma*» y «*Vengo del fin del mundo*». Tras repasar el camino

andado por la Iglesia para llegar a este punto, voy a intentar profundizar en ese esbozo, que hoy veo confirmado por los gestos y palabras del Papa durante su primer año, de un modo más detenido.

a) *Me llamo Francisco*

En la elección de este nombre se sintetizan varias líneas vivenciales que el Papa actual desea que estén muy presentes en su servicio petrino:

—Lo primero: Francisco significa «pobreza»: intención de guiar a la Iglesia toda —no sólo a un sector heroico o testimonial— hacia la pobreza de Jesús para encontrarse con los pobres. Uno de los momentos claves del Vaticano II fue la llamada a la pobreza y al servicio a los pobres. El 7 de diciembre de 1962, al finalizar la primera sesión conciliar, el Cardenal Lercaro pronunció en el aula un discurso memorable. Decía, tomando palabras de Juan XXIII: «El misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, el misterio de Cristo en los pobres porque la Iglesia es la Iglesia de todos, pero sobre todo es la Iglesia de los pobres». La puesta en práctica, heroica pero inmadura muchas veces, de esta llamada del Señor produjo mártires, víctimas y, por desgracia, también «celotes» violentos. No es fácil discernir y menos bajo la presión de los acontecimientos. Dividió a la misma Iglesia. Ahora, esa llamada, madurada en el sufrimiento, en el silencio, en la oración, emerge limpia de ganga, encarnada en un hombre probado, libre de ideologías y totalmente fiel al mandato, Francisco. Viene la «segunda oleada» de ese camino hacia los pobres, que, a mi juicio, se distingue de la primera globalmente por superar el lenguaje y la realidad de la opción («opción por los pobres», elección que uno hace), y abrirse a la realidad de la «misión encomendada», de la vocación dada. Es ahora la Iglesia, Pedro mismo, quien envía; no es preciso optar sino obedecer. Y dado que no se trata de «opción» a la medida del propio carisma o deseo narcisista, el paso que se anuncia es de otro estilo: más humilde, sin pretensiones de libertadores. Cercanía, fraternidad real, anuncio de Jesucristo: «Los pobres son evangelizados».

El pequeño tramo de camino recorrido permite otear futuros pasos pero también dificultades. Por un lado, se recuperará en la teología lo mejor de la llamada teología de la liberación, o sea, se integrará mejor la gracia con la liberación, la escatología y el compromiso liberador con el mundo a rescatar del poder del maligno; esto dilata el horizonte a toda la teología, aunque no debemos olvidar que fue el gran avance de la *nouvelle théologie* y que está materializado en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Vaticano II. Paso importante pero no novedad absoluta. Siempre que se depure de ideología, se subordine al horizonte escatológico y no se convierta la teología dogmática o mística en teología pastoral, abrirá etapas novedosas.

Pero si es la Iglesia la que se embarca en este acompañamiento a los pobres desde una pobreza real, la reacción de los poderosos y de las ideologías neoliberales o neocapitalistas será crecientemente contraria. Recordemos el ataque

sistemático de grandes grupos norteamericanos antaño, financiando, entre otras cosas, la invasión de sectas evangélicas en toda la América hispana. La crítica y el ataque a la insistencia de Francisco parece que ya han provocado el distanciamiento de importantes sostenedores económicos de la Iglesia en EE.UU. Si a los dos frentes anteriores (control forzoso de la población y feminismo radical) se une el de los dirigentes teóricos y prácticos del gran capital, el acoso a la Iglesia puede acentuarse hasta extremos que rocen o entren en la marginación, deslegitimación o persecución.

En el interior de la Iglesia, si el Pueblo de Dios responde a la llamada, seguramente se irá dando un desplazamiento del eje social: de la burguesía o clase media (creada por el cristianismo medieval) al pueblo sencillo. Esto no es fácil. Se trata de desplazar los centros de misión ciudadanos del centro urbano al extrarradio o periferia, como gusta decir el Papa. Se trata de formar a los pastores lo mejor posible, pero priorizando la caridad pastoral sobre los títulos académicos. Se trata de convertir a los mismos pastores, hoy entroncados en esa clase media que racionaliza la religión y que desprecia las devociones, en orientadores de la religiosidad popular con verdadero amor y comprensión, aunque tal religiosidad esté mezclada con supersticiones cercanas a la idolatría de imágenes, con derroche de dinero, con vinculaciones con políticos que la usan como plataforma.

—Lo segundo, Francisco es «pequeñez»: He recordado en el apartado dedicado a Benedicto XVI, en esa conferencia aludida, que imaginativamente atribuía a este Papa una inexistente encíclica que me atrevía a titular *Vos Non Sic* (No así vosotros). El deseo y la llamada latentes en la renuncia del anterior Pontífice se convierten ahora en el nombre del actual. ¿Qué nombre mejor para expresar el sueño de Benedicto XVI? «Francisco» significa el rechazo del «*cur-sus honorum*», de la carrera eclesiástica, de las luchas por el poder. Su discurso en la Misa del Inicio del Ministerio Petriño ha interpretado así dicho ministerio eclesial; pero, al tiempo, ha instado a los líderes del mundo a servir, a ser custodios de la creación y de los desheredados. Por tanto, el nombre elegido es el anuncio de un estilo de gobierno eclesial, y de una invitación a los gobernantes del mundo a seguir este camino de servicio.

Hace unos ocho siglos se produjo el encuentro entre un papa brillante y eficaz políticamente, Inocencio III, convencido de poseer como Roca de la Iglesia la total jurisdicción, incluso sobre el emperador, y el santo de Asís, harapiento y mendicante. La leyenda transmite que el Papa adujo a sus consejeros el sueño que había tenido: «refirió haber visto en sueños cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense y que un hombre de aspecto despreciable la sostenía apoyándola en sus hombros». Me dejó llevar por la imaginación y veo a aquel mendigo, San Francisco, coronado pontífice, mientras los eclesiásticos mundanos tiemblan por la estabilidad de la Iglesia, o mejor, de su estatus. Un gobernante es un gobernante, piensan; no un carismático idealista. La Iglesia de Cristo, según ellos, se mueve en el mundo y ha de actuar con los medios

que el mundo utiliza en política y economía. Me dejo llevar más allá aún por la imaginación calenturienta y veo a Jesús, resucitado, paseando por la orilla del lago y entregando al Discípulo Amado la supremacía pastoral, mientras Pedro, rezagado, escucha y obedece. Es pura imaginación porque Pedro será siempre Pedro, Francisco será el pobre de Asís, y el Discípulo Amado el amigo por excelencia al margen del poder. No, no ha sido sustituido Pedro por nadie. Simplemente, el Pedro inmaduro de la confesión de Cesarea ahora encuentra su plenitud al aceptar plenamente el camino a Jerusalén, a la Cruz por amor a las ovejas. Ahora es de verdad Pedro, ahora lo es plenamente.

—Lo tercero, Francisco es la palabra «sencillez»: la elección de este nombre supone inclinarse al lenguaje sencillo y cotidiano del pueblo. Pero ¿puede ser ese el lenguaje de la enseñanza universal y del gobierno? El influjo de la declaración de la infalibilidad de 1870 ha solemnizado en exceso la predicación ordinaria de los papas. ¿Estamos ante un nuevo lenguaje en el ejercicio del ministerio pontificio? El lenguaje es signo e instrumento de la verdad y el amor, y mucho más en el seno del cristianismo, que nace de la Palabra y se transmite mediante ella. Un cambio en la forma de usar la palabra supone, sin duda, un giro en el modo de afrontar la evangelización. La definición de la infalibilidad no añadió nada a lo que ya latía en la gran tradición de la Iglesia, pero su solemne proclamación sí pudo alterar la percepción del magisterio pontificio. Desde entonces, el cristiano miró a Pedro como el maestro diario de la fe, esperando de él una enseñanza casi solemne todos los días; las inseguridades de la fe del cristiano actual se agarran a esta visión del pontífice. La demanda, en mayor o menor medida, nos configura; también a los papas. Los últimos pontífices sabían muy bien que sólo se habla *ex cathedra* en momentos muy señalados de la historia de la Iglesia; pero el estado de excepcionalidad con que se abre el siglo XX respecto a la verdad revelada, los obliga a un magisterio con visos de solemnidad, aun en las catequesis más normales. Siempre por escrito; textos pensados y revisados; miedo a que sean malentendidos por los oyentes y los medios, y se justifiquen errores; con tantas matizaciones que casi ocultaban el mensaje principal. Las encíclicas son tratados teológicos, largos y enjundiosos, y el papa se convierte no sólo en el Maestro de la fe, sino en el Teólogo. Algunos teólogos casi se centran en comentar los escritos pontificios. Sus textos van dirigidos a todos, pero rara vez son leídos por todos; han de pasar por la catequesis de pastores que los digieren y transmiten con sencillez... y, a veces, con subrayados demasiado personales y parciales.

El contraste con este lenguaje ha sido, quizá, el elemento que más ha contribuido a la popularidad de Francisco. No «mide» las palabras. No «lee», improvisa. Frases «parroquiales» expresadas en giros hasta castizos y con palabras porteñas, desde «primerear» hasta «piva». En las entrevistas que concede (con facilidad) deja caer ideas que por su espontaneidad pueden crear inquietud o dar lugar a ambigüedades. Hablando «se olvida» de que es el Papa. El acento de su evangelización no cae sobre las explicaciones catequéticas sino sobre el

«primer anuncio»: Cristo Jesús revelador de la misericordia divina, su pobreza y amor a los pobres; la humildad que exige a los Doce, etc.

Me llama la atención un detalle de su Exhortación *Evangelii Gaudium*. En un escrito amplio donde vuelca su programa evangelizador, apenas aparece la teología como instrumento de evangelización. Digo «apenas», ya que sí aparece. Pero tenuemente: el término «teología» se repite ocho veces. En el número 133 se valora como medio para dialogar con las culturas y las ciencias, convocando solemnemente a los teólogos a esa tarea, pero al tiempo advirtiéndolos para que no hagan «teología de escritorio». La palabra «teólogos» es usada cuatro veces en el documento: en el número 40 reconoce que ayuda a madurar el juicio de la Iglesia, refiriéndose a la interpretación de la Revelación en la Escritura; en el 104 señala el desafío para pastores y teólogos pensando en una mayor presencia de la mujer; en el 133 ya hemos anotado la convocatoria que hace a los teólogos, pero instándolos a que lleven en el corazón la finalidad evangelizadora.

¿Qué significa esto? Por supuesto que no estamos ante un desprecio de la teología y del servicio eclesial de los teólogos. Se trata de una recuperación del pastor que está entre las ovejas y habla su lenguaje. Antes, durante y después del Concilio Vaticano II, el protagonismo de los teólogos fue enorme. Algunos hasta se creyeron que el Concilio era obra suya, estropeada en parte por los obispos. Quizá porque no ha habido otro momento con tan grandes pensadores de la fe, hombres probados, sabios en la doctrina y cultísimos en las ciencias humanas. Pero esta importancia se hizo mediática y creó editoriales que levantaron al primer plano a intelectuales poco maduros o de segunda fila. Hubo parte de una generación de teólogos que no pasó por la adoración (teología de rodillas), por el silencio, por la obediencia. Los epígonos no siempre estuvieron a la altura de sus padres en la teología. El teólogo (algunos) se hizo reformador, olvidando, a veces, el verdadero trabajo teológico, lento, oculto y silencioso. Las conferencias abundantes de divulgadores no siempre fieles, las teologías «populares» y de divulgación («para seglares» se decía a veces), pusieron en el candelero a profesores que fueron escuchados como si fueran obispos. El pastor, bien formado en teología, habla directamente al pueblo fiel; no compite con el teólogo. Este debe volver a su estudio apasionado y con finalidad de ayudar en la evangelización, pero sin «episcopalizarse» pretendiendo marcar la ruta de la Iglesia.

Y un último apunte sobre el lenguaje. Quizá no caigamos del todo en la cuenta del cambio que supone aquel dominio de lenguas diversas del que hacían gala los papas anteriores: los saludos en multitud de idiomas al final de ciertas celebraciones, por ejemplo. Francisco habla, en público, italiano y solamente italiano (aparte del español); habrá seguramente una limitación personal y no querrá expresarse en lenguas donde le sería imposible la espontaneidad que acostumbra. Sea como sea, esto lo hace más romano sin quitarle universalidad. Uno diría que es milagrosa esta aparente paradoja. El Papa más local parece ser el más universal. Pero esto lo subrayamos y corroboramos en la expresión siguiente.

b) *Soy Obispo de Roma*

Lo ha destacado él mismo desde el primer momento. La primera felicitación pública, durante su aparición inicial recién elegido, fue para el Obispo emérito de Roma, frase que el comentarista cambió por Papa emérito. Se presentó ante la multitud que llenaba la Plaza de San Pedro como obispo de Roma, ¡habló a los romanos!, sus diocesanos, antes que al mundo (¡y sólo en italiano!) y ha declarado su intención de evangelizar la ciudad ayudado por su Vicario. En una palabra, se siente obispo de Roma, pues en eso consiste el pontificado. Y de nuevo decimos: no inventa nada. Tras el Vaticano II, es corregido el Código para dejar claro que, aun electo por los cardenales, un candidato no es papa mientras no es ordenado obispo, caso de no serlo previamente. Desde Juan XXIII, y especialmente desde Juan Pablo II, los papas han visitado con creciente frecuencia las parroquias romanas. Esto, tan asumido por Francisco, no es algo secundario. Las consecuencias de vincular el pontificado al episcopado romano de forma explícita y real son muy interesantes. La doctrina conciliar de la colegialidad no es una teoría jurídica sobre cómo controlar el poder pontificio; es un reconocimiento a fondo del sacramento del pastoreo en su plenitud, o sea, del episcopado. Si el obispo no es un mero delegado gubernativo de Roma, sino un verdadero pastor de su pueblo con toda la autoridad sacramental apostólica, el ejercicio del ministerio petrino ha de partir de ese reconocimiento: se es papa porque se es obispo de Roma. Tiene resonancia especial en dos realidades eclesiales, si bien resuena de modo especial en la necesidad de reformar una tercera:

—*La primera realidad en que resuena es la Iglesia particular* antes llamada diócesis. La inercia del pasado administrativo está frenando el paso de la diócesis como circunscripción administrativa a la Iglesia particular como realidad sacramental. Por otro lado, el excesivo protagonismo de los nuevos movimientos, apiñados en torno, sobre todo, a Juan Pablo II, realzando su ministerio y defendiendo los valores de la vida amenazados por la cultura de la muerte, quizá ocultó un tanto la importancia y la naturaleza misteriosa de la Iglesia particular. En un momento crítico, de dispersión y fragmentación, la Iglesia se concentró sobre el ministerio encargado de la unidad. Ahora, un «pequeño» detalle comienza a transparentar otra situación: el desplazamiento del domicilio pontificio a la residencia Santa Marta. La cercanía personal a los obispos es clave para el reconocimiento eficaz de la sacramentalidad del episcopado. Viajar en el mismo vehículo, acoger fraternalmente en la visita *ad limina* son «detalles» que alteran más de lo que parece el estilo y las relaciones.

Esta resonancia tiene eco en otro de los «efectos secundarios» de la reforma de Gregorio VII: la separación progresiva del presbiterado en presbíteros seculares o diocesanos y presbíteros consagrados o religiosos o regulares. Una división que, sin duda, ha enriquecido a la Iglesia con la diversidad de estilos pastorales, pero que también ha deformado parcialmente el sacramento. *Presbiterorum Ordinis* contempla a ambos sectores porque el fondo es la sacramen-

talidad y no la tarea, y *Pastores Dabo Vobis* convierte los consejos evangélicos, antes atribuidos al presbítero religioso casi en exclusiva, en derivados naturales de la sacramentalidad del orden. El término *pastor*, ya prioritario en este documento, ahora aflora en las palabras de Francisco como la clave para entender y vivir el sacerdocio, tanto de diocesanos como de religiosos. Pero no es un término funcional: es la llamada a la compañía del Señor, a vivir en su misma venida para acoger a los pecadores y sanar las heridas; es una consagración que configura al bautizado como pastor al servicio de las ovejas; consagración y pastoreo vuelven a integrarse. La colegialidad episcopal a que hemos aludido tiene su análogo en la «fraternidad sacramental» que el Concilio atribuye al presbiterado. Ya no existirán obispos sino co-episcopos, presbíteros sino co-presbíteros. Ya no es posible pensar en el sacerdote funcionario y el consagrado autónomo. El presbiterio, realidad misteriosa antes que jurídica, creará vínculos nuevos más allá de la vida en común o de la colaboración pastoral. Hasta la crisis vocacional colaborará en este difícil pero imprescindible avance.

—*La segunda resonancia tiene lugar en el Sínodo de Obispos.* Así se plantea este próximo Sínodo sobre la familia: doble sesión separada por un periodo para la consulta, la reflexión, la participación, el estudio y la oración. Algo así como el Concilio a pequeña escala, más allá de las calificaciones de decisiones vinculantes o no vinculantes: no decisiones sino búsqueda de criterios comunes, unánimes moralmente, bajo la guía prudente y respetuosa del Papa. Algo así como el modo de dirigir el Concilio llevado por Pablo VI. Nació esta institución de la mano de este Papa; los encuentros y debates han colaborado a mantener un signo mundial de colegialidad visible; las Exhortaciones Postsinodales han tenido gran importancia a la hora de recibir correctamente la doctrina conciliar. Sin embargo, eran encuentros muy cortos, muy limitados en cuanto a asistentes, muy dirigidos. Francisco intenta perfeccionar el Sínodo para que exprese y colabore a realizar mejor la colegialidad episcopal.

—*La tercera resonancia acontece en la Curia Romana.* Tanto la emergencia de las iglesias particulares como el robustecimiento del Sínodo de los Obispos tienen una relación muy estrecha con un «cambio de sentido» de la Curia Romana. No es casual que haya sido una de las primeras decisiones de Francisco nombrar a ocho cardenales para preparar esa reforma. Ciertamente que la situación creada por las luchas internas en los últimos momentos de Benedicto XVI lo hacían urgente, pero la pretensión va más allá que la mera pacificación. El problema fundamental no es de corrupción de personas o de la institución; en la Curia romana ha habido y hay santos canonizables, cristianos de gran calidad espiritual, mediocres, pecadores y corruptos. Y seguirá habiendo de todo mientras estemos en esta historia adamita. En general, y teniendo presente la fragilidad humana y la tentación del poder, hay que decir, comparando con las instituciones civiles, que ha sido una forma de ayuda al gobierno pontificio eficaz y honesta. No es este el problema de fondo, aunque en los últimos años las conductas inapropiadas hayan salido a la

luz de modo muy acusado, escandaloso y perjudicial para la Iglesia. Se sanará relativamente para volver a necesitar de terapia cuando pasen años. El problema real es el cambio, el final de la «Era Hildebrando». La Curia se sembró en la actividad de los diáconos romanos, ayudantes de los obispos (de Roma en este caso) y cada vez más poderosos por dos razones: porque administraban los bienes, y porque el presbiterio se había dispersado al aparecer las parroquias urbanas y, especialmente, las rurales. Los diáconos se episcopalizaron, los presbíteros se diaconizaron. Conforme el ejercicio de la autoridad pontificia se hace más fuerte, la Curia adquiere mayor poder sobre las iglesias y sobre los obispos. Estos últimos terminan por ser seleccionados y nombrados por organismos curiales romanos. La enorme autoridad del pontífice se proyecta sobre los cardenales presidentes de las grandes Congregaciones o ministerios de la Curia; están protegidos por la sombra del Primado infalible. Pero, he aquí que el enorme poder administrativo de la Curia termina por limitar «de hecho» la libertad de actuación del mismo pontífice. El cambio que se empezará a producir, sea cual sea el resultado práctico de la reforma en marcha, será un cambio de estilo: si el papa se mueve con libertad y se acerca a los obispos, la Curia volverá a ser un organismo diaconal al servicio del Colegio Episcopal presidido por el papa.

c) *Venido del fin del mundo*

«Saben que el deber de un cónclave es dar un obispo a Roma y parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo al fin del mundo, pero ya estamos aquí». Una frase casual, bromista, seguramente recordando la de Juan Pablo II en su presentación («obispo venido del lejos, venido del frío»), pero que puede tener muchas lecturas y puede resultar profética. Veamos:

—*De la periferia*. Es la lectura inmediata. Papa no europeo, del cono sur de América, del extrarradio del mundo... europeo. El Papado «se libera» de Italia, como se liberó de los Estados Pontificios. América, África, Asia entran significativamente en el centro de la Iglesia: esta se universaliza en perfecta línea con el Vaticano II. Ninguna novedad fuera de una visibilidad ya total y de una normalización que impide la extrañeza.

La gran preocupación de los dos anteriores pontífices ha sido, al parecer, la apostasía de Occidente, hasta el punto de la constitución del nuevo Secretariado para la Evangelización por obra de Benedicto XVI. Ahora, tras una noche bregando en el lago sin pescar nada (Jn 21), parece que resuena la voz del Señor indicando a Pedro y a sus compañeros que echen la red a la otra orilla del Jordán donde estaban las ciudades paganas. La misma barca, la misma red, distinta orilla. Si la Iglesia fue, primero, oriental, desplazándose poco a poco hacia occidente; si luego fue europea y mediterránea con extensión a los otros continentes; ahora se hace mundial de verdad. Aquellas hipótesis visionarias de Walbert Buhlmann (*La Tercera Iglesia a las puertas*), matizadas por el tiempo y la historia, empiezan a ser evidentes. Era de Dios. Un desplazamiento geográfico, cultural y de estilo. Quizá

con un fondo que desborda la geografía: ¿no serán los pobres los gentiles de hoy? ¿No serán ellos la otra orilla? ¡De nuevo Francisco! Parafraseando la poesía de Benedetti sobre la muerte (*Pasatiempo*), en la infancia de la Iglesia el entorno de aquel pequeño lago fue el mundo; luego, en su juventud, el lago creció hasta ser el mar Mediterráneo; en su madurez, las orillas del Atlántico contemplaron el vaivén de la misión cristiana; ahora, en la senectud eclesial, quedan pequeños los lagos, los mares interiores y los océanos: el mar es Dios.

—*Del final de la historia.* ¿De dónde viene «teológicamente» Francisco? ¿De dónde vienen los carismas novedosos? Vienen del «Futuro que adviene» (Jesucristo) y se hace presente. Estos momentos tan intensos en la trayectoria eclesial son «venidas» del Señor de la Historia para acelerar el final, para hacer presentir su última Venida. «Cronos», el tiempo continuo, «eterno», cansino y crónico, es atravesado por una ráfaga de novedad, por un «contra-tiempo» o «meta-tiempo», *Kairós*, que es Cristo. Los sacramentos cristianos no son simbolismos terapéuticos vinculados a la gracia por voluntad arbitraria de Dios, sino «intro-misiones» reales del Verbo, mediante el signo eclesial, para abrir paso a la Venida, presencias anticipadas a la fe y para la fe. Todo sacramento se sitúa en el límite del tiempo. Y el ministro de los mismos, el pastor, si está en su sitio, también. ¿Por qué ha provocado el Espíritu del Señor un concilio tan extraordinario como el Vaticano II —difícilmente repetible como hemos dicho—, que viene a ser una gran recapitulación histórica, una renovación penitencial y una preparación espiritual? ¿A dónde nos dirige el Sacerdote celestial, el Kyrios encargado de conducir la Humanidad al Padre? ¿Se trata de un paso más y nada más?

La «sinfonía eclesial», sostenida por el *cantus firmus* o hilo conductor (la fe en el Resucitado), ha desarrollado fases de aparente «dispersión», fugas y contrafugas, huidas y dispersiones que desconciertan al oído no experto y que ocultan en parte la honda unidad del plan del autor. Ahora da la impresión de que las «escapadas» vuelven a su centro para preparar el encuentro final, el redoble solemne de todos los instrumentos. Quizá no sea inmediato, pero se presiente. Carisma e institución, laicos y pastores, Iglesia y mundo, pontificado y episcopado, sacerdocio y profetismo, etc., todo empieza a recapitularse en una síntesis que es la caridad: la fe y la esperanza, la justicia y la comprensión, la fortaleza y la sencillez. El Vaticano II lo profetizó oficial y documentalmente; Francisco parece encarnarlo. ¿No está relacionada esta dimensión escatológica con la Nueva Evangelización, con la urgencia del tiempo, con la necesidad de centrarse en lo esencial y dejar lo accesorio? ¿No estamos de nuevo ante el «primer anuncio»? ¿No preludia ese franciscanismo del amor a las criaturas y ese jesuitismo de la utilización eficaz de los medios humanos la reconciliación entre creación y salvación en Cristo?

—*No nos dejes caer en la tentación.* Desde la visión superficial que suelen ofrecer algunos medios, esa visión que se traduce en nombramientos como personajes del año, o como estadísticamente más visitados, Francisco representa un giro populista, democrático, en una Iglesia atada al pasado, escleróticamente

jerárquica. Ya hemos dicho que, siendo un momento original en la historia de salvación de este último periodo, el ejercicio de su pontificado es realización personal del espíritu del Concilio Vaticano II posibilitado por los pasos de los papas anteriores. En el apartado anterior hemos intentado asomarnos a una perspectiva que va mucho más allá de los rankings creados artificialmente: la espera del Señor como el recapitulador de la historia (Ef 1,10).

Pues bien, si la lectura que venimos haciendo es más o menos acertada, puede colegirse que, quizá, pasados los primeros momentos de «enamoramiento mediático», empiecen a surgir voces de desencanto y crítica; tampoco sería extraño encontrarse con fracasos o resultados muy pobres en las reformas anunciadas por los gestos, o, incluso, con errores pastorales. Un ejemplo: ¿podrá el Papa mantener el mensaje de pobreza sin que lo acusen, por un lado, de demagogo, y, por otro, de caridad espiritualista vacía de análisis estructural? Hemos constatado el rechazo que está teniendo en círculos neoliberales; de momento optan por el silencio «por temor al pueblo». Por el otro lado, los seguidores de la teología de la liberación se sienten rehabilitados; pero, ¿qué seguidores y en qué afirmaciones? Francisco, en su camino hacia los pobres, no pasa por las ideologías. De la respuesta del Pueblo de Dios depende que se den pasos reales en esa dirección o que todo se quede en gestos. Otro ejemplo: ¿se debilitará con el tiempo el peso universal del pontificado si se sitúa como obispo real de Roma? El respeto al Papa por parte de los obispos católicos ha sido total: ¿no peligrará ese respeto al desacralizar su figura y «rebajarla» (¡entiéndase!) a episcopal? Pensemos en las tendencias nacionalistas que perduran, a veces incluso exasperadas, como reacción a la globalización; los obispos no son inmunes a las presiones de su entorno eclesial muy condicionado por el político. O este otro: ¿el estilo parroquial de homilías y de futuras encíclicas no será recibido por las élites «intelectuales» europeas como un simplismo impropio de su categoría ministerial? Cuando se desgaste mediáticamente, ¿no lo acusarán de usar tópicos sin un fundamento profundo? Esa forma de hablar familiarmente, sin matices, ¿no puede ser injusta en ocasiones? Pensemos en curiales honestos, en obispos pastores, en sacerdotes heroicos, a los que se puede meter en el saco de esas sentencias tan críticas del Papa. O en recetas muy valiosas pero que sirven a ciertos laicos clericales para presionar a sus curas inadecuadamente, como la consigna de tener abiertas las iglesias, difícil de aplicar en ciertas situaciones. «De minimis non curat pretor», decían los romanos, y no les faltaba razón. No es fácil vivir el Evangelio y menos desde una responsabilidad tan amplia, con tanta historia y tantos condicionamientos. El rol, todo rol, está construido en gran medida por las expectativas sociales, por lo que se espera de un oficio o papel social. ¿No defraudará unas expectativas tan complejas y contradictorias? ¿Será libre para hacerlo?

Si este viento suave que refresca a la Iglesia y al mundo es preparación para una evangelización definitiva, no hay que ser profeta para sospechar que, ante un abandono del pueblo hoy entregado, los poderes mundiales estrechen el cer-

co y ataquen con furia. Además de los ejemplos anteriores hay una corriente con poder creciente en el mundo (hasta en la ONU), capaz de presionar a gobiernos de naciones importantes; se trata de la llamada «ideología de género». Francisco, muy acertadamente, ha tratado de evangelizar dejando la crítica en segundo lugar y poniendo en primer plano la misericordia. Pero esto no asegura el éxito y la conversión. Es posible que, tras un silencio interesado, vean que la doctrina de fondo sobre la sexualidad y el matrimonio sigue siendo la misma y su reacción sea más dura. Podría ocurrir tras el Sínodo de la Familia, un sínodo que quizá vaya mucho más allá del título para afrontar, en realidad, la antropología actual. Además, el adelantarse el Papa al Sínodo, abriendo puerta a los sacramentos en casos hasta ahora discutibles, es posible que genere una mentalidad en los cristianos de que todo da igual, de modo que cuando haya que sentar doctrina, resulte tan difícil como en el caso de la *Humanae Vitae*.

En la última petición del Padre Nuestro, el término «tentación» tiene una densidad que desborda lo que hoy entendemos como tentaciones. Vale la pena releer el comentario de H. Schürmann en su libro *Padre Nuestro*. Téngase presente que es el final de una oración hecha para los momentos finales en que el poder del mal se opondrá ferozmente a Dios. Jesús prevé un tiempo donde el demonio actuará con gran poder de destrucción, especialmente para robar la esperanza. E insiste en la vigilancia y en la oración. Hasta tal punto llegará esa lucha que en un momento el Señor se pregunta: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Tenemos la seguridad absoluta del triunfo del Señor, lo anhelamos y lo vemos cada vez más cerca, pero no nos dejemos engañar: la victoria será costosa y el testigo (*martyr*) tendrá que apelar a la oración con todo su ser para mantenerse en pie. Quizá la clausura de Benedicto sea una gracia del Señor para apoyar al Papa actual en un momento decisivo de la historia. Habría que meditar esa «superposición» de papas: antaño hubo dos o tres papas cuando la comunión se rompía; ahora hay «dos» papas para sostener la comunión desde las raíces mismas, desde la oración.

En la alegría del momento que el Señor nos está concediendo se vislumbra también la Cruz. ¿Cómo no? Pero vuelvo a repetir lo dicho ante la renuncia de Benedicto XVI: es el mismo Señor quien dirige los caminos de la historia hasta que desemboque en Dios. En Él confiamos plenamente y a Él encomendamos con devoción de hijos-hermanos al sucesor de Pedro, al Papa: FRANCISCO, OBISPO ROMANO, VENIDO DEL FIN DEL MUNDO.